

Itinerario poético de Concha Zardoya

Ana María Fagundo
Universidad de California



La obra en verso de Concha Zardoya es muy extensa; rebasa la docena de poemarios. Con algunos de sus libros ha obtenido premios literarios como un accésit del Premio Adonais de 1947, otro del Ifach de 1954, el premio Boscán de 1959 y el Fémima de 1975. Sus libros se han publicado en España, Venezuela y los Estados Unidos.¹

Uno de los temas fundamentales de su obra poética es la guerra civil española y su efecto devastador.² No obstante, hay en cada entrega poética suya un interés por determinados aspectos de la vida creativa, espiritual e intelectual. Concha Zardoya se interesa por la literatura española y extranjera, por la naturaleza del hecho creador, por la esencia de las cosas en el universo y por la realidad histórica que le ha tocado vivir. La poesía es la forma en que Concha se vive a sí misma. O dicho de otra forma, biografía y poema están íntimamente entrelazados en esta autora.³ Su poesía está, en cierta manera, marcada por su condición de crítica literario y profesora; actividad esta última, que desempeñó desde 1947 a 1976 en los Estados Unidos.

Pájaros del nuevo mundo (1946) es la obra con la que Concha Zardoya se da a conocer como poeta. Este poemario puede parecer, en una primera ojeada, que es un tributo de la poetisa a su tierra natal (Chile) cuya fauna aparece repetidas veces en esos largos poemas; varias especies de pájaros propios de la fauna americana se describen con minuciosidad. El libro, además, está dedicado a la poeta chilena, Gabriela Mistral. En apariencia, pues, el libro podría ser un canto a la raíz de la autora pero no es así en realidad. Aunque sus poemas sean largos, descriptivos, no se asemejan en nada a esa frondosidad exuberante que asociamos con la poesía hispanoamericana, particularmente la poesía de la Ibarbouru, Mistral, Storni o Agustini. Mas bien se diría que en este libro opera la pupila atenta de un poeta castellano admirando la virgen América. Una lectura más detenida de este poemario nos da la clave del mismo: es un libro simbólico; un libro en el cual la poetisa se vale de las aves para describir, entre líneas, el estado de mordaza, de falta de libertad, de la sociedad en que vive. El cóndor, el buitre, el pájaro del trópico que aparecen en *Pájaros del nuevo mundo* son aves privadas de su libertad. Desolación, llanto, silencio forman el aire enrarecido donde estas aves intentan volar y el paisaje que les sirve de marco están lejos de tener ese gigantismo exuberante de la feraz tierra a la que se supone que la poeta evoca. Las descripciones no pueden ser más desalentadoras:

(1) Su obra poética la componen los siguientes textos: *Pájaros del Nuevo Mundo*. Madrid, Rialp, 1946. *Domínio del llanto*. Madrid, Rialp, 1947 (accésit al premio Adonais). *La hermosura sencilla*. Nueva York, Hispanic Institute, 1953. *Los signos*. Alicante, Colección Ifach, 1954 (accésit al premio Ifach). *El desterrado ensueño*. Nueva York, Hispanic Institute, 1955. *Mirar al cielo es tu condena*. Madrid, Insula, 1957. *La casa deshabitada*. Madrid, Insula, 1959 (premio Boscán). *Elegías*. Caracas, Lfrica Hispánica, 1961. *Corral de vivos y muertos*. Buenos Aires, Losada, 1965. *Donde el tiempo resbala: Romancero de Bélgica*. Montevideo, Cuadernos de Julio Herrera Reissig, 1966. *Hondo Sur*. Barcelona, El Bardo, 1968. *Los engaños de Tremont*. Madrid, Agora, 1971. *Las hiedras del tiempo*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1972. *El corazón y la sombra*. Madrid, Insula, 1977 (premio Fémima). *Diotima*. Barcelona, Ambito Literario, 1981. *Ritos, cifras y evasiones*. Madrid, Editorial Ayuso, 1985. *Altamor*. Madrid, Editorial Ayuso, 1986.

(2) Véase mi trabajo "La guerra civil en la poesía de Concha Zardoya", *Insula*, num. 392-393, Madrid, julio-agosto 1979, págs. 12 y 17.

(3) Isabel Paraiso también sugiere esta idea en su artículo "Concha Zardoya en su problemática realidad", *Sin nombre*, v. IX, núm. 3, San Juan de Puerto Rico, octubre-diciembre 1978.

*¡Difunta luz o yerta luz muriéndose
a pesar de que es día!
No hay hombres en el páramo.
Sólo insectos sin alas, sin color,
emergen de la tundra.⁴*

La desolación de este paisaje no puede ser más significativa. En otro poema titulado precisamente "Pájaro de Tristeza" la poeta dice:

*Postrimera te sueño,
mal ave densa, círculo de llanto
que así envuelve este seno y esta vida
ayer en sencillez y hoy postrada (pág. 51).*

Y el dolor de este libro que pide la libertad que no se tiene, llega, creo, a su mayor expresividad en el poema "Llanto de un pájaro por el poeta muerto" dedicado a Miguel Hernández. Aquí se pide algo que será constante en la poesía de Concha Zardoya; que el odio dé paso al amor:

*Aquí estoy llorando...
Vendrá la Primavera
cuando los hombres amen
Y el odio ya no exista (Pág. 59).*

Dolorida por la falta de comprensión y de libertad que se respira en la España de la posguerra y herida en lo más íntimo por la pérdida irreparable de familiares y amigos, la poeta vuelca en este libro sus ansias de un mundo mejor.

Corre el año 1947 cuando Concha Zardoya publica el libro *El dominio del llanto* premiado con un accésit al premio Adonais. Se está todavía en la férrea posguerra, se puede sentir que la palabra escrita tiene que sortear la censura y es por ello que en todo este poemario el ser humano que por él transita está de continuo sumergido en un dolor lacerante (muerte, desolación) pero, en ningún momento, se llega a especificar la naturaleza de este dolor. Las lacónicas dedicatorias que terminan en puntos suspensivos, los significativos títulos de los poemas, las preguntas retóricas cargadas de intención, dicen de todo lo que la poetisa no puede abiertamente decir. El poema "Los desaparecidos" lleva una dedicatoria que es un lýtote efficacísimo sobre todo, por la descripción que la poeta hace de la desolación de la guerra.⁵ El poema comienza con un par de estrofas que trazan idílicamente la vida de los jóvenes que luego serán brutalmente aniquilados:

*Tenías una patria, dulces novias
que en los ojos besábais muchos días.*

(4) *Pájaros del Nuevo Mundo*. Madrid, Rialp, 1946, pág. 27.

(5) Como bien dice Manuel Durán en "La nota elegíaca en la poesía de Concha Zardoya", *Sin Nombre*, Puerto Rico, v. IX, núm. 3, pág. 53, "La España de Concha Zardoya es la tierra cubierta por el barro y la sangre de la guerra civil: en ella despierta a la conciencia poética completa, madura; sus mejores poemas hallan en esta sangre, en esta tierra, su raíz."

*El amor con sus flores, como un río
os anegaba el pecho dulcemente*

.....
*Erais la noble savia del mundo.
Mas un viento de muerte, brisa oscura
acechaba terrible desde simas
donde el odio se esconde y no envejece⁶*

El clima del libro va en crescendo. Angustia, miedo, violencia, pesadillas, son el telón de fondo donde se desarrolla este diálogo entre la poeta y sus vivos y muertos. Hay que indicar que los poemas de este libro están dedicados tanto a personas vivas como a personas que la guerra se llevó irremediamente. De ahí, pues, que el contenido humano de estos poemas sea conmovedor porque la poeta habla de experiencias vividas. En un escalofriante poema titulado "El Resucitado" se pierden las líneas divisorias entre vida y muerte:

*Y ahora has regresado de la sombra:
un desteñido traje envuelve el cuerpo
que disuelto en la tierra ya creíamos. (pág. 19)*

Y en el poema "Sueño" el dolor produce una alucinante pesadilla:

*Las tumbas ya no existen
Los esqueletos viven, se disfrazan
con un traje de luna
y flotan, danzarines, en la noche (pág. 26)*

Al punto máximo de este crescendo tonal del libro se llega en la sección "Seis canciones para seis niños muertos". La dulzura del ritmo de nana contrasta dramáticamente con la muerte que ha cortado esas vidas infantiles.

Este continuo girar en torno a la desolación de la guerra llega a hacerse insoportable en el segundo libro y es quizás por ello que la poetisa hace un esfuerzo en pro de la esperanza y surge su tercer libro: *La hermosura sencilla* (1953). Si hasta este momento lo evocado aparecía a través del dolor, de la muerte, de la ausencia, de la desolación; ahora las cosas se ven con una esforzada esperanza como si la poeta quisiera encontrar un alivio a esa visión suya hasta entonces marcada por la destrucción que había supuesto la guerra civil española. La fé religiosa, que aparece repetidas veces en la poesía de Concha Zardoya, en este libro es, quizás, más notoria:

*Por cópulas y besos vas poniendo
ígneas marca de amor, de luz, de muerte.
Y tu viajar interno por las rocas,
las antiguas raíces y los pájaros,
nadie, Señor, presiente, nadie sabe.⁷*

(6) *El dominio del llanto*. Madrid, Rialp, 1947, pág. 15.

(7) *La hermosura sencilla*. Nueva York, Hispanic Institute, 1953, pág. 10.

Concha Zardoya en este libro se dirige, poema tras poema, con mirada atenta y amorosa a lo mucho de hermoso que existe en el universo. Estos poemas son como bodegones nítidos en que los objetos (ceniceros, cestas, cajas, platos, tapices) cobran alma propia. También se canta a los animales y al paisaje. La poetisa desea fundirse con la esencia de la realidad que la rodea para, quizás, poder así liberarse del tiempo, del espacio finito y, tal vez, con ello, del dolor del recuerdo. El proceso en el libro va desde lo más concreto e inanimado a lo más etéreo y móvil; va de las cosas al espíritu. El poemario es un esfuerzo por conquistar, aunque sólo sea momentáneamente, la tranquilidad.

*En el cielo, amor, la cita
de mis ansias con mis ansias.*

.....

*A fuerza de amor, de gozo,
a ciegas, ir en volandas (pág. 123)*

Y después llegar hasta la no materia que libere de todo:

*¡Romper, romper los muros!
¡Oh plenitud! ¡Oh éxtasis!
¡Ya fuera de lo póstumo! (pág. 149)*

La búsqueda de un todo fuera de la realidad limitadora es una aspiración que se encuentra desde el primer poemario de Concha Zardoya. Se busca una libertad fuera de tiempo y espacio quizás porque el entorno cotidiano es asfixiante. Así pues, en *Los Signos* (1954) ese deseo apenas esbozado al principio adquiere ahora predominio sobre todo lo demás. La poetisa canta en este libro la vivencia desde un plano esencializador que tiende a despojar a la realidad de sus aspectos más concretos y limitados. Se expresa aquí otro aspecto temático destacable en la poesía de Concha Zardoya, es decir, el ansia de evadirse de la realidad circundante (histórica y por tanto temporal y espacial) para sumirse en un entorno totalmente trascendido:

*Vivir nosotros, puros, siderales,
y ser eternos ángeles.
Y tú sin vida estar,
oh Tiempo, intrascendente.⁸*

En 1955 la poetisa ve publicado su libro *El desterrado ensueño* y recibe, además, el premio Boscán por su también libro de poemas *Debajo de la luz* que, sin embargo, no se publicará hasta 1959. En el primero citado aparece de nuevo el dolor por España que es tema de dos de sus poemarios anteriores pero, en éste, el dolor se ha transformado por la distancia y el exilio. Se evoca a la patria de la juventud desde la lejanía y ésta se va corporeizando en un apretado número de poemas. La geografía española aparece emotivamente evocada: las ciudades, los pueblos, los monumentos, la cultura y la historia se plasman en palabras que son canto evocador y llanto de nostalgia:

(8) *Los signos*. Alicante, Colección Ifach, 1954, pág. 53.

*Soria roja, tu brasa me calienta
el pobre corazón que está temblando
en estas tierras yertas extranjeras⁹*

Y así como la evocación de la patria lejana consuela a la poeta, la lectura de esa literatura española a la que Concha Zardoya dedica toda una vida, también se halla presente sirviendo de alivio a su nostalgia. En este libro aparecen armoniosamente evocados poetas y músicos españoles de variadas épocas. En algunos de estos poemas se funde en uno el paisaje y el creador evocado, como, por ejemplo, en estos versos a Unamuno, de cuya obra Concha Zardoya es gran admiradora además de fina e intelectual crítica:

*¡Ay Castilla te guarda y por siempre
en su palma rugosa! ¡Así callado,
eres honda simiente de los siglos
pan y agua de vida en estos páramos! (pág. 103).*

Si *El desterrado ensueño* es la rememoración del cuerpo y el alma de la patria lejana, *Debajo de la luz* lo es de aquellos seres humanos definitivamente ausentes o simplemente distantes. La evocación de estas personas que en determinado momento de la vida habían acompañado a la poeta en un trecho del camino, es fuertemente emotiva y, en ciertos instantes, produce a mi entender los mejores poemas de Concha Zardoya. Un ejemplo de esto podría ser el magnífico poema "Hermano mío". La ausencia del hermano sirve de motivación para recordar la infancia perdida. Por otra parte, el poema en cuestión así como todo el libro no es sino un recuerdo de lo vivido, es decir, de los encuentros y las despedidas alrededor de las cuales gira toda existencia humana:

*Y repaso mi vida y hallo muertes,
separaciones dulces tras encuentros
fugaces, prolongados, suaves, lentos
.....
Hacia dentro, la vida... Hondas aguas,
altos mares oscuros, van por dentro.
Pocos puertos me esperan como término.¹⁰ (pág. 39).*

Pero a pesar de los pocos puertos, de las tumbas que van sembrando el camino, la fe de la poeta si bien no transforma su tristeza en júbilo, si le permite no caer en la desesperanza total porque como ella misma dice: "debajo de la luz hay claridades / un trasaire de amor y no la nada" (pág. 43). Y ese trasaire de amor está íntimamente vinculado con el verso porque para Concha Zardoya la poesía "trasverbera el mensaje del mundo", y, además, la fe sigue siendo inquebrantable:

*En tu mano, mi vida, cual esfera
que Tú haces girar, girar sin prisa.
Mi corazón, en ella, te trasluce*

(9) *El desterrado ensueño*. Nueva York, Hispanic Institute, 1955, pág. 52.

(10) *Debajo de la luz*. Barcelona, Instituto de Estudios Hispánicos, 1959, pág. 39.

cuanto doy, cuanto fuí y cuanto sea (pág. 51).

La actividad poética de Concha Zardoya hasta estas fechas es continua. Raro es el año en que no aparece un nuevo poemario suyo. En 1957, dos años después de la publicación de los dos libros que acabamos de comentar, aparece otro titulado *Mirar al cielo es tu condena*.¹¹ En este libro Concha Zardoya medita sobre el tema de la creatividad tomando como punto de partida la obra de Miguel Ángel. El tema, sin duda, interesa a la poetisa porque cae dentro de un anhelo constante en su obra poética, que es el ansia de la creadora de encontrar la libertad suma; la libertad que la desate totalmente de su condición humana sujeta a tiempo y espacio.

Desde 1957 a 1965 hay un largo paréntesis en la publicación poética de Concha Zardoya; sólo publica un libro titulado *La casa deshabitada*¹² (1959) donde se incide en el tema del exilio y un brevísimo volumen *Elegías*¹³ donde recoge poemas que ya habían aparecido formando parte de libros anteriores. Se vuelve, pues, sobre el tema de la muerte, el recuerdo de los seres queridos desaparecidos y la evocación de figuras literarias tanto españolas como extranjeras que a la poetisa le son particularmente afines.

En 1965 aparece un nuevo poemario sobre el tema que está siempre de alguna manera presente en su mundo poético: el dolor de la guerra, la nostalgia del recuerdo, la tristeza del exilio: *Corral de vivos y muertos*.¹⁴ Este libro, lleva una sencilla pero conmovedora dedicatoria: "Con la esperanza de conquistar una dolorosa ciudadanía que algunos me niegan". Todo el poemario es un testimonio del amor y del dolor de esta poeta española que padeció en carne propia la guerra y los primeros diez años de la difícil posguerra y, luego, el peso del exilio en los Estados Unidos. El verso por lo común propicio al amor, a la conciliación, a la ternura, al dolor o a la hermosura, en el libro que nos ocupa se torna, a ratos, iracundo y lleno de una impaciencia que recuerda a Antonio Machado y a Blas de Otero:

*Separada del mundo por un foso
de tradición caduca, triste España,
de regresivas fuerzas, yertos lodos
que secan la semilla en la besana (pág. 14).*

Pero a los momentos de impotencia, de ira por la situación de España, se suceden otros instantes en que la poetisa ansía y espera un futuro mejor:

*¡Si del dolor naciera la alegría,
la ilusión de una España clamorosa,
unánime, feliz y trabajada
por las manos de todos, cada hora! (pág. 19).*

El dolor por la ausencia definitiva de amigos y familiares y el sufrimiento del exilio también dan lugar a emotivos poemas evocadores:

Me he sentado en la piedra

(11) *Mirar al cielo es tu condena*. Madrid, Insula, 1957.

(12) *La casa deshabitada*. Madrid, Insula, 1957.

(13) *Elegías*. Caracas, Lirica Hispánica, 1961.

(14) *Corral de vivos y muertos*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1965.

*que caliente a mis muertos.
He sentido que, vivos,
me esperaban despiertos.
Blanco sol de Castilla,
en lo alto, sufriendo (pág. 18)*

Varios poemas de este libro, según se nos dice en la nota de la propia autora, fueron escritos en Madrid durante el período del 39 al 47 pero, naturalmente, no pudieron ser publicados. Estos poemas atestiguan, mejor que ningunos otros de la autora, ese estado de angustia y violencia que se vivió en España durante esa época. Estos son, quizás, los poemas más dramáticos escritos por Concha Zardoya sobre el tema de la guerra civil española:

*Las dos, las tres o las cuatro.
Llaman a la puerta, llaman.
Voces negras y fusiles
golpean la puerta blanca (pág. 27).*

El miedo aterrador a los allanamientos de morada de la época de posguerra está aquí adecuadamente dramatizado por lo escueto del verso, la utilización de palabras cortas, las pausas, la repetición, el contraste de colores. En otros poemas la emoción da rienda suelta al sentimiento:

*¡Ay, mi oficio es plañir entre estos muros,
sintiendo en mis espaldas las pisadas
de los hombres que marchan a la muerte
con la aurora y el frío de mi España! (pág. 26).*

Estos poemas escritos durante la guerra y la posguerra cuando la autora todavía estaba en España y que pertenecían al segundo libro, *Dominio del llanto*, pero que, por supuesto, no pudieron aparecer en aquel entonces, son fuertes testimonios de esos largos y difícilísimos momentos de la historia contemporánea del país; testimonios vividos por la autora y que dejan una honda huella en su poesía. Los otros poemas que componen este extenso libro de testimonio tratan de todos los aspectos de la dura contienda que asoló a España. El sentido humanitario y humanista de Concha Zardoya se revela en todas y cada una de las páginas siempre emocionadas de este libro singular; libro que quizás sea el más logrado que hay salido de su pluma de poeta porque es en él donde la emoción sincera y profunda y la españolidad dolorida de la poetisa encuentra su expresión más justa. Concha ha logrado además liberarse de la terminología un tanto literaria de sus primeros libros. Su lenguaje ahora conjuga el ritmo del verso con una expresividad sencilla y certera que se comunica directamente con el lector. Por otra parte, la España histórica que tanto le duele a Concha, aparece en los poemas del libro de forma física y espiritual; su paisaje -hermoseado por la pupila evocadora de la poeta- y sus gentes aparecen teñidos de una irreprimible nostalgia.

En los años siguientes a la publicación de este doloroso libro la poetisa, como ya hiciera en otras ocasiones, vuelve su mirada lírica hacia otros contornos y entornos paisajistas y vivenciales foráneos a ella pero que pueden ser sentidos y tamizados por

su particular sensibilidad amorosa hacia todo lo humano. *Donde el tiempo resbala*¹⁵ (1966) subtítulo "Romancero de Bélgica" es uno de esos libros. La poeta rinde homenaje a unas tierras donde la huella de España es perenne. El mundo que en ese libro se contempla (la ciudad de Brujas, un canal de Antwerp, un tapiz flamenco, etc.) tiene en todo momento un aire de sosiego como si Concha se quisiera conscientemente sustraer a los dolorosos recuerdos del pasado. Sin embargo, ese paisaje no tiene la fuerza emotiva, honda y conmovedora, que cobra en los mejores momentos de sus cantos al paisaje español. Se diría que en este librito la poetisa percibe a través de su sensibilidad un mundo que no le es extraño pero con el cual no está íntimamente enraizada y, por ello, quizás, los poemas no llegan a cobrar gran fuerza.

Siguiendo con su peregrinación sensible a través de distintos paisajes y mundos, Concha Zardoya publica en 1968 un libro titulado *Hondo sur* (traducción del término inglés "Deep south" utilizado para denominar a los estados del cinturón negro del sur de los Estados Unidos). El paisaje y el ambiente que pueblan el libro son bien conocidos por la poetisa quien vivió algún tiempo en ese entorno y es quizás por ello que esos poemas tienen una mayor resonancia emotiva que los del libro anterior que acabamos de comentar. Además la poetisa identifica, en cierta manera, la problemática de los negros americanos con su dolor por España; de ahí que ese paisaje americano y sus gentes cobren vida en los poemas de *Hondo sur*:

*El hondo sur, el Sur que yo he vivido,
emerge para España en este canto.
¡Este dolor español, el dolor mío
con el dolor del Sur, unificados!*¹⁶

Y con el dolor, también la luz de la esperanza que a lo largo de los años no perderá nunca:

*La esperanza, también, callada y honda,
va por dentro del alma, por debajo (pág. 13)*

Este libro en su conjunto es sorprendente por la acertada presentación que hace Concha del mundo de los negros americanos. Los proverbios negros más sabios aparecen en toda una sección en que se recrean en castellano con evidente acierto. Otra sección destinada al jazz y a los bailes de los negros es igualmente certera así como la parte dedicada a odas y elegías a famosos negros norteamericanos. Concha Zardoya muestra, una vez más, su interés humanista y su fina sensibilidad para tratar un tema tan difícil como es el del negro americano.

Años más tarde, 1971, Concha Zardoya publica el libro *Los engaños de Tremont*¹⁷ en que, de nuevo, se concentra en la realidad del mundo que la rodea y reflexiona sobre el mismo. No se trata ahora de símbolo o canto que logre mitigar el dolor del momento histórico que le ha tocado vivir; ahora se trata de meditar desde toda una vida sobre lo que se observa.

(15) *Donde el tiempo resbala. Romancero de Bélgica*. Montevideo, Cademos de Julio Herrera Reissig, 1966.

(16) *Hondo sur*. Barcelona, El Bardo, 1968, pág. 12.

(17) *Los engaños de Tremont*. Madrid, Agora, 1971.

Y como cabía de esperar la mirada atenta, crítica, penetrante, no deja escapar nada; los engaños lo cubrirán todo, desde el mundo más real, (retratos, espejos, ventanas, puertas) hasta lo más abstracto, (el yo, la sangre, la memoria, las almas, dios). No queda resquicio de la percepción que no sea indagado rigurosamente. Tal rigor temático se lleva aún al rigor formal puesto que la poetisa escoge el soneto como medio de expresión de esta poesía que se lo cuestiona todo, que pone en tela de juicio desde la realidad más obvia a la esencia de su propio autocuestionamiento como claramente se indica en el soneto final del libro. Toda esta indagación ocurre después de una larga y fructífera convivencia con la realidad más dolorosa y la invención más ilusionada. Y ha sido válido porque como la poeta bien dice todo -lo real o lo ficticio- ha generado más amor. Su poesía, dolorida o ilusionada, ha sido esperanzada aún en los momentos más angustiosos, y lo es inclusive en este libro en que se medita, desde la serenidad del tiempo, en torno a todo lo que se ha vivido y se ha creado.

De 1972 data la publicación de un breve poemario, *Las hiedras del tiempo*¹⁸ cuya primera y tercera secciones, según nos dice la poetisa, formaban parte del libro *Debajo de la luz*. El tema no es nuevo ni tampoco su tratamiento. El tiempo con su nostalgia de convertirlo todo en pasado se asoma a una serie de poemas que al describir un paisaje, o un momento vivido, se tiñe siempre de una cierta tristeza pero, como bien dice la poeta, "en los muros del tiempo hay hiedras de esperanza".

El tiempo vuelve a ser tema central en un libro que merece el premio Fémica de 1975, *El Corazón y la sombra*¹⁹ publicado en 1977. En este poemario Concha Zardoya medita desde la madurez del tiempo, sobre el pasado lejano aunque evocado con conmovedora actualidad. El dolor que ha sido el vivir y también la alegría que la existencia ha deparado a la poeta se evocan en poemas cuya tónica general es más bien sosegada. También se formulan aquí las preguntas de siempre; se sigue contrastando el misterio de la existencia y se alude, una y otra vez, al futuro que ahora se ve unido a la muerte. Este es un libro sin el dolor acuciante de los mejores poemarios de esta autora y, al mismo tiempo, libro sin esperanzas abridoras de nuevos mundos:

*El silencio ha borrado los papeles
la identidad, el nombre y esas obras
que, huérfanas, se pierden por el mundo.
La sombra, densa, teje más olvido
al borrar, en silencio, toda fecha (pág. 103).*

Así termina este libro en que la presencia inescapable de la sombra (la muerte) campea insistentemente por sus páginas.

Después de la muerte del general Franco y ya instalada la monarquía constitucional del rey Juan Carlos, Concha Zardoya, como muchos de los exiliados españoles, retornó a España. Pero no es hasta 1981 que publica un nuevo poemario: *Diotima*.²⁰ Este libro de tono sereno y apacible es una biografía en cuatro partes que corresponden a la infancia de la poetisa en su Chile natal; a su adolescencia y juventud en la España de sus antepasados; a su madurez en el destierro en los Estados Unidos y, finalmente, su vejez y vuelta a la España, a esa España tantas veces evocada en sus

(18) *Las hiedras del tiempo*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1972.

(19) *El corazón y la sombra*, Madrid, Insula, 1977.

(20) Para Manuel Durán, según expresa en el artículo ya citado, los mejores poemas de Concha son también aquellos de tono elegíaco es de decir, los inspirados por la guerra civil española.

poemarios escritos lejos de la patria del corazón

Este libro conmovedor por la ternura que todo él transparenta, es una biografía sobria y sincera del acontecer vital y espiritual de la autora. Un libro escrito desde la reconciliación de una vuelta al añorado país de la adolescencia y juventud. Quizás la parte más emotiva del libro sea la segunda, en la cual, el tema de la guerra civil y la muerte del único hermano en plena juventud, le arranca a la poeta versos sencillos pero hondamente conmovedores:

*Y mi hermano cayó -mi rama única-
en aquel mes de Julio, cercenados
sus veinte años puros, transparentes,
por aquel viento negro que barría
las ciudades y aldeas con su furia (pág. 104)*

El libro pasa revista, por así decirlo, a toda una vida desde la prefiguración del nacimiento, a éste, los padres, el hermano, la vida en Chile, la emigración a España, la vida durante la guerra y la inmediata posguerra, los estudios en Madrid, el exilio y, por último, la vuelta al solar patrio, ya en la senectud. En este itinerario marcado por momentos de júbilo y muchos de indecible dolor, no hay, sin embargo, estridencias ni desesperadas angustias. El tono es delicadamente sobrio, tierno, sabiamente penetrante. La intelectual que es Concha Zardoya le impedirá el grito desgarrado; la pasión excesiva. Su palabra poética siempre recatada, pudorosa en este libro. Un hondón de sabiduría aprendida en lecturas y en experiencia de vida late en el fondo del poemario. Shakespeare, Holderlin, Novalis, Platón, por sólo mencionar unos pocos, aparecen dando cita a muchos poemas. En su conjunto este libro sugiere que Concha Zardoya tras un largo itinerario de poesía -de vida- ha llegado a una especie de reveladora claridad que le proporciona una suerte de respuesta a su indagación de toda una vida dedicada a la creación y al estudio. Y así puede, serenamente, escribir estos versos consoladores:

*Los cuatro tiempos cierran y su círculo,
la órbita indivisa de una vida,
El memorial se acaba o se detiene
en el punto final que así lo sella (pág. 202)*

En 1986 Concha Zardoya publica otro poemario titulado *Altamor* de claro tono elegíaco. Es un libro que se lee como una despedida; un libro escrito con la mirada como trascendida hacia un más allá que la poeta prefigura repetidas veces. Dividido en seis partes, es un libro que va paulatinamente ensombreciéndose pero con serenidad, sin angustias ni dramatismos y llega, en su parte quinta, a su momento quizás más oscuro, con una serie de poemas inspirados por la muerte de varios amigos y poetas. El libro termina con un poema titulado, precisamente, "Coda final" que resumen lo que es el libro; libro que parece sellar, cerrar, clausurar un devenir. La vida ha dejado de pulsar su presurosa sangre y sólo parece quedar el verso:

*Entresueñas la vida si la cantas,
en manojos de versos que son tréboles,
el vilano que deja lo ya ido.*

Y esa canción:

*Nació sin edad y remontaba
casi triste, gozosa, aires últimos,
balbuciente, profunda, despidiéndose (Pág. 97).*

La voz poética que campea por todo el libro se llena de neologismos (por cierto, también muy frecuentes en el libro anterior), con la partícula "tras", en un empeño consciente por parte de la poetisa de rebasar fronteras; de ir, por decirlo con palabras de Machado, a la otra orilla que presiente y hasta parece anhelar. Los ecos machadianos son fuertes en este poemario, particularmente en la sección titulada "Cancionerillo de Altamor". Términos como "trasvida", "trasvagar", "transcruzar", etc., aluden a ese desco de pasar a otra dimensión que la poeta parece entrever y a la cual parece aspirar con una extraña mezcla de serenidad y profunda tristeza:

*Crecerá la esperanza, sin tocarlos,
de que es eternidad esa trasvida,
esa ternura última que salva,
ese aura final, aún humana. (pág. 84).*

Itinerario poético dilatado, fructífero, auténtico el de Concha Zardoya. Una poesía que se nutre de la reflexión, de la emoción y de la experiencia. Una poesía que, en suma, revela a la mujer que la ha creado.